
NOTA EDITORIAL

MANUEL FRANCISCO CANTOR

Los días de vacación se habían abierto a nuestro espíritu, claros, azules y luminosos y la sonrisa cordial fue la promesa unánime del regreso. En cinco años de vida universitaria, todos habíamos vuelto plenos de entusiasmo a la cita muda que teníamos tras de los días de descanso y entonces el compañerismo íntimo era el consuelo de la nostalgia de las horas idas.

Esta vez ha faltado Manuel Francisco Cantor. Se fue cuando nadie pensaba en una ausencia eterna, sin decirnos adiós. Con íntimo dolor, llenos de pesadumbre, hemos vuelto para ver su sitio solitario: ese lugar de compañero y de amigo que siempre supo ocupar con su cordialidad magnífica. En las aulas mismas y en los claustros del hospital, cómo echamos de menos aquella figura pequeña y morena, de sentimientos grandes, bondadosos y sinceros, iluminada siempre con la blancura de su sonrisa, que tenía para todos la palabra amigable y para todos era un camarada fraternal.

Fue un buen estudiante. Enamorado de este haz de ciencias que constituyen la Medicina, seguía con delectación las huellas que, desde Hipócrates, vienen dejando hombres insignes, benefactores reales de la humanidad. Tenía alma de médico, compadecía de corazón a los enfermos y anhelaba llevarles el alivio del dolor y el consuelo espiritual. Muy joven iba a terminar su carrera universitaria, para luego comenzar briosamente su vida profesional, cuando el destino quiso truncarla, envidioso tal vez.

Nunca tuvo odios, porque la simpatía era la flor que caía a sus pies dondequiera que fuese, y esa flor era semilla fertilísima que engendraba las hondas raíces de la amistad. Fue estimado por todos, gozó siempre del cariño general de profesores y alumnos y por eso, la pena de verlo desaparecido en tan temprana edad, se extiende a toda la Facultad de Medicina.

Estaba en la alborada de su vida, que era una mañana linda y transparente, en la que se hacían los mejores augurios para el porvenir. La nube negra de la tragedia obscureció esa luz, que aún debiera brillar entre nosotros.

Con sus padres, hemos llorado la muerte de Manuel Cantor y nos hemos rebelado, pues no pudimos salvar esa existencia, grata para todos.

José A. Jácome Valderrama.

